

gía una clara y recia voz. La voz—era la del maestro Juan—entonaba, recitaba, salmodiaba una oración. Y todos, luego, los niños y los hombres, pronunciaban, en coro, unas palabras gratulatorias, palabras de gratitud suprema unas veces, al Creador del Universo, o palabras, otras veces, de esperanza consoladora.

Cuando el trabajo terminaba, a mediodía, al anochecer, todos se levantaban en silencio y pasaban a la ancha y grata cocina. Grata en invierno por el hálito de calor confortador—mezclado a los olores de los mantenimientos—, grata en el verano por el frescor que entraba, de la arboleda, por las anchas ventanas abiertas. El cobre de las espeteras relucía en cacharros y cazos. La luz—a mediodía—, la luz de un cielo bajo, gris, luz cernida, suave, tamizada, hacía resaltar el color verde del jardín; sacaba más fulgente brillo a la espetera; hacía destacar los blancos nítidos de la porcelana y de los manteles. Los manteles habían sido tejidos en la casa. Cuando las manos se posaban en ellos y cogían el pan cotidiano, se establecía una comunión de fervor y de amor, entre todos los comensales. Su trabajo había creado este blanco lienzo que cubría la mesa; el pan que comían y los demás manjares habían sido ganados minuto por minuto, hora por hora, día por día, por estas manos afanosas que ahora iban y venían de una parte a otra. Un ambiente de paz profunda, de religiosidad, de emoción, se respiraba en toda la casa. Y María, la mujer del maestro, callada y diligente, lo arreglaba y ordenaba todo, proveía a todas las necesidades de la familia, se ingeniaba para ocurrir a todos los deseos sin que hubiese necesidad de manifestarlos. Cuando acababa el tráfago y ordenación de la casa, María se sentaba en una sillita, junto a la ventana, a la vista de la arboleda gaya, y leía absorta en un librito. En el testero de la sala, Juan, retratado por un pintor de la ciudad, la miraba con sus ojos azules. Juan estaba retratado sonriente, plácido, con un clavel en la mano; en la mano puesta a la altura del pecho, un poco separada del cuerpo.

Un día unos soldados entraron en la casa y la devastaron. Se llevaron preso al maestro. Dos días después Juan moría trágicamente. Ocho días más tarde María fenecía también en la ciudad en una refriega del pueblo con la soldadesca. Grandes bandadas de campesinos y de obreros huían por los caminos cargados con los pobres enseres de sus casas. Roberto, el hijo del maestro, se marchó también. Iba en compañía de unos vecinos. Era el año de 1570. Caminaban todos, a pie, entre carritos henchidos de muebles, desde Namur a Colonia. La caravana era

larga y terrible. Los niños lloraban y las mujeres lloraban. Roberto, el mozo, comenzó a trabajar de tejedor en Colonia.

La familia ha ido continuándose de padres a hijos. La suerte de los padres y de los hijos ha sido varia. Todos han trabajado. En la familia se ha mantenido, perseverantemente, a lo largo del tiempo, una tradición de trabajo y de escrupulosidad. El retrato de Juan, el fundador, está siempre en la sala. Los siglos han ido pasando; las generaciones han ido sucediéndose. En el testero de la sala más espaciosa de la casa se halla sonriente, plácido, con sus ojos azules, con su clavel en la mano, el maestro Juan. El retrato del fundador ha polarizado, a lo largo del tiempo, la sentimentalidad de esta larga serie de padres e hijos.

A fines del siglo XVIII, un Juan, tejedor, vuelve al país nativo. A principios del siglo XX, en otra aldea existe otra casa rodeada de jardín. En la cocina luce la espetera de cobre. El silencio reina en las estancias. En la más ancha se ve el retrato de Juan el fundador, con su clavel en la mano. Pero las lanzaderas no van de un lado para otro. La casa no es la de un tejedor. La habita un hombre vestido pulcramente de negro. Viven con él su mujer y dos niños. El caballero tiene también, como el abuelo remoto, los ojos azules y gusta de las flores. Alguna vez en este libro que él lleva en el bolsillo, y que lee constantemente, una florecita del campo ha sido oprimida y se ha secado entre las páginas del volumen. En la familia se ha conservado fervorosamente, con suprema piedad, el amor al abuelo muerto trágicamente. El caballero que ahora mora en la casa diríase que reúne en sí, en su espíritu recogido y delicado, todo el sentimentalismo de una larga sucesión de seres humanos, que han ido desde el momento trágico de la

muerte del antecesor hasta el presente. Y él medita muchas veces en el lazo sutil, pero firme, sólido, que le une, generaciones arriba, a este hombre bueno que sonríe desde un cuadro. ¿Hay odio por algo, hacia algo, en el fondo de su espíritu? Su espíritu, todo mansedumbre y dulzura, es incapaz de sentir odio. Si alguna vez, en un momento de pasión inicial, siente en su conciencia algún escrúpulo, él abre este libro, que trae constantemente en el bolsillo, lee unas líneas, medita, y la serenidad vuelve a su alma.

No tiene odio el caballero; pero tiene un deseo. Desea visitar España. En sus momentos de esparcimiento, Juan, el actual, es poeta; es decir, es poeta siempre, a todas las horas del día, pero es en sus horas de recreación cuando él escribe unas poesías que no lee a nadie y que guarda cuidadosamente entre sus papeles íntimos. El caballero desea conocer España. De España lo que le atrae es El Escorial. Ha aprendido el castellano. El libro que lee él constantemente, lo lee al presente Juan en la lengua castellana. Y la traducción, por cierto, es primorosa.

Juan va a ir al Escorial, y va a escribir un poema. El caballero ha comprado un cuadernito de blanco y fino papel, y ha escrito en la primera hoja: *Felipe II*. Llega el momento del viaje, y Juan experimenta una emoción profunda. Su espíritu se siente, en verdad, conturbado. ¿Qué va a salir de este viaje? Su alma serena, bondadosa, ¿llegará a ser sacudida por el rencor? El rencor malsano, emponzoñador, ¿llegará a oprimir su corazón? Juan duda un momento. Ni su curiosidad ni su poema en proyecto—por bello que fuera—valen lo que vale la serenidad dulce e inalterable de su alma. ¿Hará el viaje? ¿No lo hará? El cuadernito en blanco está encima de la mesa; en la primera página pone con letras grandes: *Felipe II*. Desde su retrato, el abuelo Juan le mira con sus ojos azules. El caballero abre su libro y lee: «El que presto se enoja hará locura, y el hombre malicioso será aborrecido». «¿No yerran los que piensan mal? Misericordia empero y verdad alcanzarán los que piensan bien».

El tren ha llegado de noche a esta estación española, y Juan ha descendido de él y se ha encaminado al pueblo. Después de comer, en el hotel, el caballero ha salido a dar un paseo por el pueblo. Hace una noche clara, serena, de invierno. La luna deja caer su luz suave sobre las casas y sobre la campiña. La inmensa edificación del monasterio aparece bañada por la mate claror. ¡Qué emoción tan profunda, intensa, ha tenido Juan al contemplar, inmóvil, absorto, la vasta edificación!

## REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.